

Suma de crisis en Atenas

ANDY ROBINSON
Atenas
Enviado especial



Según la biografía oficial del flamante primer ministro griego, el 22 de abril de 1967, horas después del golpe de Estado, los militares irrumpieron en la vivienda de la familia Papandreu en las afueras de Atenas. Iban en busca de su padre, Andreas, destacado socialista que luego fundaría el Movimiento Socialista Panhelénico (Pasok). Encontraron a Giorgos, entonces de 14 años. “Dinos donde está tu padre o te matamos”, le advirtieron apuntándole con una pistola a la cabeza.

Medio siglo después no sería demasiado exagerado decir que Giorgos Papandreu –sólo tres meses después de la contundente victoria del Pasok en las elecciones de octubre– tiene otra pistola apuntada a la frente. Una fuga de los inversores amenaza con provocar una grave crisis fiscal y hasta la quiebra del altamente endeudado Estado griego. “Ajusta ya o te matamos”, es el ultimátum financiero.

Papandreu, nacido en Estados Unidos, formado en Estocolmo y licenciado por la London School

El nuevo gobierno necesita tiempo para construir su “nueva ética del poder” pero los mercados exigen cambios rápidos

Papandreu y las ruinas de Grecia

of Economics, un socialdemócrata moderado que se siente más cómodo hablando en inglés que en griego, sabe muy bien que jamás conviene desafiar a los mercados y se compromete a hacer los recortes necesarios.

Pero en Atenas hay aún más armas con la mirilla puesta en la estabilidad democrática. En cada esquina del barrio rebelde de Exarchia, policías antidisturbios con metralletas ejecutan la política de tolerancia cero del ministro de Interior, Mijalis Chrisochoidis, hombre duro del nuevo gobierno.

El pasado 6 de diciembre –primer aniversario de la muerte a tiros por la policía del quinceañero Alexandros Grigoropoulos en Exarchia y de la violencia callejera que el trágico suceso desató–,

Chrisochoidis desplegó a cinco mil antidisturbios en las calles de Atenas. Detuvieron, de manera preventiva, a más de 800 personas. “El año pasado destruyeron 600 tiendas, 300 oficinas bancarias y cientos de automóviles; este año no han destruido casi nada”, declaró el ministro en el diario *Athens News*.

Pero, tras una enorme manifestación de estudiantes universitarios, profesores y padres que reivindicaban cambios en el sistema de enseñanza, más empleo digno para la llamada *generación 700* (por el salario medio juvenil), y más igualdad de oportunidades, algo quedaba muy claro: el palo de Chrisochoidis no servirá para nada sin la zanahoria de reformas profundas en la enseñanza y en la sociedad en general. “Tene-

mos problemas estructurales de fondo; los jóvenes sienten que compiten en una sociedad corrupta e injusta”, comenta John Panaretos, viceministro de Educación y hombre de confianza de Papandreu que dirige la política de transparencia y diálogo social.

“Existe una brecha abismal entre generaciones”, dice otro colaborador de Papandreu. Prueba de ello: dos de los estudiantes detenidos en el puerto del Pireo,

“En Grecia existe la sensación generalizada de que el Estado es el enemigo”, afirma Sofia Zinovieff

acusados de crear una *fábrica* para hacer cócteles Molotov, son hijos de un diputado del Pasok.

Son problemas muy complejos –adverten en el entorno de Papandreu– y, si no se resuelven, Grecia puede deslizarse por la pendiente de la violencia de la Italia de los setenta. “En Grecia existe la sensación generalizada de que el Estado es el enemigo”, sostiene Sofia Zinovieff, escritora rusobritánica afincada en Atenas. Esto se manifiesta de formas diversas, desde una endémica evasión fiscal a los puñetazos que propinaron varios estudiantes al director de la Universidad de Atenas, durante las protestas de diciembre pasado, antes de izar la bandera anarquista en el campus. Un puñado de pequeñas brigadas armadas siguen operativas y el pasado día 27 se produjo un atentado con una bomba casera ante la sede de una aseguradora en el centro de Atenas.

Panaretos –el poli bueno frente a Chrisochoidis– pretende reunirse con representantes estudiantiles, pero está por ver si ellos aceptarán. “Pese a lo ocurrido –explica–, el Gobierno no legislará contra el asilo antipolicial que se mantiene en el campus universitario en Atenas desde la revolución estudiantil de 1973, que puso fin al régimen militar. La desconfianza es la otra cara de la corrupción institucional”, dice. “Todo el mundo sabe que hay que pagar un sobre para el cirujano u otro para el funcionario que te logra la licencia para construir una vivienda”, sentencia.

Papandreu puede que no sea el mejor apellido para encabezar una lucha creíble contra la cultura de enchufe griego. A fin de cuentas, Giorgos ocupa el mismo puesto que su padre –acusado de corrupción durante sus años en el poder– y su abuelo. Pero hay alguna esperanza: “La gente está tan asqueada de la corrupción que podríamos estar en un punto de inflexión”, dice Zinovieff.

Y el primer ministro ya ha dado algunos pequeños pasos simbólicos. Ha roto con la rotación partidista en la Administración única; restituye impuestos sobre las sucesiones; ha congelado los salarios de empleados públicos que cobran más de 2.000 euros al mes y ofrece la ciudadanía a 100.000 inmigrantes de segunda generación. Pero el plan de Papandreu de establecer una “nueva ética del poder” requiere tiempo. Y nadie sabe en Atenas si los mercados se lo querrán dar.●



GIORGOS KARAHALIS / REUTERS / ARCHIVO

Papandreu –en la imagen, en el Parlamento el pasado día 23– tiene que afrontar decisivas y delicadísimas reformas sociales

Atenas busca un nuevo modelo mirando a Barcelona

ATENAS Enviado especial

Atenas, la caótica metrópoli griega –con casi cinco millones de habitantes, temperaturas veraniegas de más de 40 grados y un aceso constante del automóvil–, es la prueba de fuego para los planes de Giorgos Papandreu. Literalmente. Tras los devastadores incendios forestales de agosto, el Gobierno pretende establecer nuevas leyes de protección de bosques y cambiar el modelo de crecimiento para que sea más

compatible con un medio ambiente cada vez más afectado por el cambio climático.

Y Barcelona es un referente para la transformación. Papandreu invitó en octubre a Josep Anton Acebillo, durante muchos años arquitecto jefe del Ayuntamiento de Barcelona, para que le asesorara tanto en el rediseño de Atenas como en el nuevo proyecto de desarrollo verde en el sudoeste del Peloponeso –otra zona arrasada por incendios en el 2007–, que Papandreu pretende convertir

en “un modelo para la reestructuración de toda Grecia”.

Pero hay un problema. Dada la grave crisis presupuestaria, la transformación de Atenas va a depender más de la imaginación que del dinero. “Vamos a tener que hacer acupuntura con pequeñas intervenciones estratégicas, como Oriol Bohigas hizo en Barcelona, y esperar que esto cambie la forma que tiene la ciudadanía de relacionarse con la ciudad”, dice el arquitecto Andreas Kourkoulas, diseñador del elogiado

nuevo anexo del museo Bernaki. “Una de las ideas que se barajan –dice– es convertir muchas de las calles estrechas del centro de Atenas en jardines lineales”.

“Hay pocas plazas en Atenas, pero tenemos muchas calles pequeñas y una cultura de estar en la calle”, recalca, y precisa: “Por tanto, una forma lógica es peatonalizar las calles y convertirlas en jardines”. Proyectos más ambiciosos, como el enorme parque que se pretende crear en el viejo aeropuerto, “van a tener problemas de financiación”, concluye.

Atenas recibió un impulso antes de los Juegos Olímpicos del 2004, con la ampliación del metro y una nueva red de tranvía de 254 kilómetros. Se inició también un proyecto para crear par-

ques y carriles bici. Pero jamás se ha llevado a cabo y el automóvil sigue siendo rey.

Algunos activistas se han adelantado al plan de Papandreu. Grupos de acción directa ocuparon en Exarchia, por los disturbios del 2008, un parking privado que había perdido su licencia para convertirlo en un parque público. Ahora crecen olivos, los jóvenes se sientan en bancos adornados a lo Gaudí y los niños tienen juegos infantiles. En otra plaza, en Kipseli, donde el Ayuntamiento construyó un aparcamiento subterráneo, grupos de activistas han plantado decenas de árboles. “Son jóvenes frustrados porque el Estado no hace nada; pero no tienen mucha idea de diseño”, señala Kourkoulas.●